

¿DÓNDE ESTÁ MI CALCETÍN?

Me desperté agitado, presentía que algo iba a suceder, pero me tranquilicé al sentir a Zog, mi mascota, un perro intergaláctico color rosa claro con motas fosforitas.

Estaba absorto en mis pensamientos cuando mi padre me llamó para desayunar. Al bajar a la cocina, había unos extraños marcianos tomando un café y hablando seriamente con mi madre.

Mi padre me agarró por el brazo y me llevó al salón. Entonces, en voz muy baja, me dijo que venían a hablar con mi madre sobre un robot que había inventado. Pero no me explicó más a pesar de mis ruegos

En clase, mi profesor don Marco Ciano, al que llamamos profesor Ciano, nos habló de los humanos. Dijo que eran unos seres extraños con unas máquinas muy anticuadas. Descubrí que caminaban sobre dos piernas, como nosotros. También, son muy parecidos a nosotros en la cara. También dijo que no viajaban por el espacio de vacaciones, venían a investigar pero muy raramente. Cuando acabó la clase, me sentí decepcionado ya que quería saber más sobre los humanos.

Al volver a casa encontré a mis padres muy emocionados. Sólo me dijeron que comiera rápido y me arreglara. Cuando acabé de hacer lo que me mandaron, montamos en nuestra nave y salimos rumbo al planeta vecino, muy parecido al nuestro, con una tierra de color azul, grandes cráteres llenos de casas bastante pequeñas,...

Aparcamos en el cráter mayor. Cuando bajamos de la nave, todo el mundo empezó a aplaudir y vitorearnos. Me quedé perplejo y más aún

cuando mi madre se dirigió al escenario y subió. Unos guardias nos guiaron a mi padre y a mí hasta el lado opuesto del escenario. Entonces, mi madre empezó a hablar,

-“Estoy aquí para presentar este robot que he inventado. Lo he hecho especialmente para gente como mi hijo Zas, que es muy vago- me sentí agradecido y ofendido a la vez- para hacer todo tipo de tareas, desde ser el mejor amigo a cualquier cosa que puedan imaginar. Puede programar los electrodomésticos y demás aparatos.”

Tras decir esto, mi madre lo encendió y los extraños marcianos que vi en mi casa comenzaron a mandar hacer cosas al robot, sentarse, peinarlos, ... Todo fue muy bien hasta que, de repente, los ojos de la máquina empezaron a ponerse rojos y se tiró al cuello de uno de los marcianos intentando ahogarlo.

En ese momento, mi madre, con la cara roja de vergüenza, y tras pedir disculpas, me agarró de la mano y echó a correr hacia nuestra nave, seguida de mi padre. Este la arrancó y pusimos rumbo a nuestro planeta, Rabatof.

Lo primero que hizo mi madre fue subir a su laboratorio y pensar qué había fallado para arreglarlo. Se pasaba allí horas y horas. Los siguientes días fueron muy tranquilos, salvo por un minúsculo detalle: ¡Los calcetines desaparecían en la lavadora! Esto comenzó a inquietar a los habitantes de Rabatof.

Como quería saber que pasaba con mis calcetines, que empezaban a escasear incluso en las tiendas, metí en la lavadora toda la ropa sucia, salvo esa prenda. Me quedé observándola y, cuando comenzaba a aburrirme, aparecieron unos extraños dientes que se comieron toda la ropa. Tras ver

esto, fui corriendo a contárselo a mi madre, que metió más ropa y vio que volvía a suceder lo mismo. Después de meditarlo un rato, escribió una nota, la metió en un sobre y me la dio diciéndome que se la llevara al alcalde. Y así hice.

El alcalde me recibió con amabilidad. Pero, cuando le di el sobre, se puso nervioso, tanto que casi no podía abrirlo. Cuando, tras grandes dificultades, leyó la carta, llamó a los marcianos. Me dijo que podía irme y que quedaba prohibido usar la lavadora.

En casa, mi madre estaba preocupada, mucho más tras el incidente del robot. Cuando le pregunté qué pasaba me contestó que éste había desaparecido, tras lo cual todos los electrodomésticos parecían haberse vuelto locos. Las luces comenzaban a parpadear, las neveras abrían y cerraban sus puertas, la tele cambiaba de canal continuamente hasta encontrar un programa sobre la fabricación de calcetines, los ventiladores producían más viento de lo normal,...

Mis padres y yo salimos de casa para escapar de los electrodomésticos locos. Pero fuera todo estaba igual. Todo el planeta se reunió en el Cráter Mayor. Mi madre fue a hablar con el alcalde. Pasados unos minutos, este habló:

-“Ciudadanos de Rabatof, tenemos un grave problema. No sabemos el motivo, pero algo ha enloquecido a todas las máquinas de nuestro planeta. De momento, no ha habido daños, pero las máquinas son cada vez más violentas. Para evitar males mayores, de momento, hasta que encontremos la causa y una solución al problema, queda completamente prohibido usar cualquier máquina. Todos deberemos desconectar todos y cada uno de nuestros electrodomésticos, robots,...”

Como el problema parecía estar originado por los robots, todos nos dedicamos a buscar al desaparecido. Pasó un día, dos, tres,... hasta que el cuarto día, por la noche, al regresar a casa, vi unas luces brillantes. Me acerqué a ver qué eran, de repente vi al robot. Iba a atraparlo, cuando lanzó un puño de boxeo, que parecía de broma, y me dio en la cara provocando que me cayera y tras golpearme en la cabeza, me quedé inconsciente.

Mis padres fueron quienes me encontraron, me llevaron en un pájaro, pues las ambulancias también estaban prohibidas (por comerse los calcetines de los pacientes), hasta el satélite hospital más cercano. Eso fue lo que me contaron, pues yo estuve inconsciente todo el tiempo.

Cuando abrí los ojos, me encontré en una cama de hospital con la cabeza vendada. Entonces, recordé que al caer vi al robot con calcetines de bigotes. Normalmente, estas máquinas no llevan ese tipo de prendas. Entonces, le conté a mi madre ese recuerdo. Me dijo que pensaría si eso podía servir para resolver el problema.

Tuve que pasar toda la tarde en el hospital, así que tuve tiempo para pensar en lo que había sucedido. Recordé que don Ciano nos había llevado a una fábrica de calcetines que había cerrado. Posiblemente, los robots estarían allí.

Sin dudarlo, me escapé del hospital y monté en un pájaro para que me llevara a la fábrica.

Cuando llegué, había un grupo de aspiradoras vigilando la entrada. Entre la basura, encontré un horno estropeado, lo vacié y me metí dentro. De esa manera pude entrar con facilidad.

Una vez dentro, el robot que había diseñado mi madre estaba hablando con todos los robots y máquinas: su plan estaba funcionando, casi todos ellos tenían su problema solucionado.

Conseguí salir y corrí a decírselo a mis padres, y ellos al señor alcalde. Este llamó a la policía y al ejército interestelar para atacar la vieja fábrica.

Cuando entraron y acorralaron a todas las máquinas, las vieron muy asustadas. No querían invadir el planeta.

Un ordenador algo viejo fue el primero en hablar. Desde siempre habían sufrido una grave congelación de pies, por eso durante años los calcetines desaparecían misteriosamente de las lavadoras. Eso explicaba una de las grandes cuestiones del planeta: ¿Por qué siempre falta un calcetín? Todo el mundo se había preguntado alguna vez el motivo por el que normalmente uno de los calcetines de cada par desaparecía sin dejar rastro.

Mi madre, sin querer, inventó un robot que podía comunicarse con los electrodomésticos y consiguió ponerlos a todos de acuerdo para conseguir calcetines para tener los pies calentitos. Todo esto fue la causa de su pequeña revolución.

A todos los habitantes del planeta nos dieron pena nuestras máquinas, que durante años habían sufrido una de las situaciones más incómodas: ¡Tener los pies fríos!

Todos estuvimos de acuerdo en perdonarles y el alcalde decidió reabrir la vieja fábrica de calcetines para poder hacer más cantidad de ellos. A mí me nombraron jefe de diseño de la fábrica, pues mi idea de hacer unos calcetines con calentadores automáticos les encantó a todos.

El robot que diseñó mi madre pidió perdón por atacar a los marcianos durante su presentación, y es que en el planeta vecino hacía mucho frío y todo el mundo sabe que cuando se tienen los pies fríos uno se pone de muy mal humor.

En mi planeta, a diferencia del planeta Tierra, nunca más desaparecieron los calcetines